

avalancha; sintió una garra que le oprimía el cuello y creyóse ahogar en un vacío inmenso, en una sombra profunda sobre la que surgía macabramente el dolor, dejando huellas sinietras en su alma, atónita ante la inesperada escena.

Sacando energías de donde no había sino miedo y dolor; logró oír el relato de Teresa, relato contado entre gritos que se ahogaban en la garganta y entre inflexiones de voz lacrimosa y conmovida; supo todo tal como había estado; la impotencia de los médicos; la crueldad de la muerte y la soledad de Teresa, que en la casa quedó tan abandonada más que si la hubiesen dejado en un desierto toda la vida.

En vano prospectó las vetas auríferas, en vano gastó sus energías en tanto tiempo como estuvo entre montes esperanzado en un día en que al regresar al lado de sus cariños sintiera como premio á sus tareas el invaluable consuelo de la compañía de aquello que adoraba inefablemente; de esos amores que habían arraigado en su alma más que un árbol centenario; comprendía que todo se iba á acabar para él, que ya no sentiría aquel rocío de ternuras que al llover sobre su vida colmaban ésta de inefables venturas por las cuales pasaba sin temores, pleno de felicidad.

Cada cosa que guardaba aquella casa era para él un atormentador recuerdo de su di-

cha muerta; era una memoria de aquel pasado en que se soñó eternamente feliz cuando ante sus ojos pasaba la breve figura de la niña en sus juegos infantiles llenando todo el hogar con la alegría de sus pocos años, ajenos á todo duelo humano y á todo pesar siniestro.

Afuera seguía el viento glacial tosiendo su asma entre las rejas y la lluvia caía incesantemente tal como cayó la mañana en que sacaron el cuerpo de la pequeña oculto en una caja blanca; las jaulas seguían moviéndose lentamente sin la alegría de los pájaros y el jardín envuelto en la nebulosidad de aquel día pluvioso se entumecía bajo las gotas monótonas que no cesaban de caer.

En la alcoba seguía la cuna en el mismo sitio como esperando el cuerpo de la niña; en el rincón que le fuera familiar los juguetes empolvados evocaban mudamente los juegos de la muertecita y entre ellos la muñeca que trajera Alberto abría sus ojos de cristal como absorta ante la tristeza que reinaba en aquellos dos seres que no cesaban de llorar invadidos por dolor intenso y por supremas angustias de soledad.

A veces el menor ruido hacía volverse á los esposos que gozaban momentáneamente con el engaño creyendo ver aparecer á la niña como en los días felices en que iba á ellos muy aprisa para llenarlos de caricias; se engañaban continuamente y este engaño era tan grato para ellos que al tornar á la realidad, sentían nuevo dolor ante el abandono en que se hallaban.

Preciso fué sacar la cuna y ocultarla de Teresa, por consejo de médico que indicó trastornos cerebrales por el continuo recuerdo de la niña evocado ante la cuna, junto á la que se pasaba las horas en la misma actitud que cuando veía el tranquilo sueño de la hija; fué indispensable llevarse lejos el mueble querido y con él todos los juguetes y todo lo que había pertenecido á la niña.

Fuó en aquella mañana nebulosa cuando sacaron los objetos queridos entre el llanto mal comprimido de Alberto y los sollozos inabarcables de Teresa que veía perderse y para siempre aquellas cosas que amaba tanto porque su hija las había amado con ese cariño intenso de los niños alborando por todas las perezas.

Cuando no quedó en la casa objeto alguno que recordara á la niña y únicamente la cuna esperaba su turno para ser sacada de la alcoba, Teresa en un momento de desesperación suprema se arrojó sobre los blancos linos endonde tantas veces mirara á su hija abrir los brazos para acariciarla; lloró hondamente sobre la ropa que estrujaba entre sus manos trémulas y después tras de un grito supremo cayó desmayada sobre el mueble mientras Alberto con los ojos llenos de llanto miraba la pieza sobre la cual flotaba el palor de la mañana nebulosa que afuera lloraba su lluvia sobre los árboles escuetos estupefactos por el viento glacial que tosía su asma al pasar por las rejas.

México, 1906.

DANIEL ROSS.



SALON DE PARIS DE 1906.—Una florista por G. Castiglione.